

Profesora Eulalia Guzmán Barrón

CXVIII Aniversario
de su Natalicio



Profesora Eulalia Guzmán Barrón

18 febrero 1890 - 3 enero 1985

“Nació en San Pedro Piedra Gorda, Zacatecas y murió en México, D. F. (1890 – 1985).

Arqueóloga y pedagoga. Se tituló como maestra normalista en 1910, obtuvo la maestría en filosofía en 1933 y la licenciatura en arqueología en 1945.

Participó en el movimiento maderista y militó en el Club Lealtad, de oposición al dictador Victoriano Huerta.

En la Secretaría de Educación Pública fue jefa de Enseñanza Primaria y Normal, directora de la Campaña de Alfabetización (1923-1924) e inspectora de escuelas primarias (1925-1931).

De 1931 a 1933 hizo exploraciones arqueológicas en Monte Albán y la Mixteca Alta. Investigó en bibliotecas de Inglaterra, Italia, Austria y Alemania.

En 1934 fue designada Directora del Departamento de Arqueología.

Cofundadora del Partido Popular (1948).

El 26 de septiembre de 1949 declaró que había encontrado los restos de Cuauhtémoc en Ixcateopan, Guerrero.

Autora de La escuela nueva o de la acción (1933), Filosofía de las Culturas (1933), Caracteres fundamentales del arte prehispánico (1934), Genealogía y biografía de Cuauhtémoc. Refutación a la gran comisión (1954) y Manuscritos sobre México en archivos de Italia (1964).”

Descubrimiento de los restos de Cuauhtémoc

por la Profesora Eulalia Guzmán Barron.

“El hecho fue fascinante, maravilloso, de aquellos que no es posible olvidar en la vida. Ocurrió el lunes 26 de septiembre de 1949.

Como era habitual y después de haberse asegurado el retablo y el pequeño túnel, se comenzó a trabajar a las ocho de la mañana.

Fue cosa instintiva, de verdadera inspiración, que se ordenara abrir una cala en cruz sobre la roca, partiendo del oriente donde había surgido la prodigiosa señal de aquel piso que parecía, y estaba, aderezado por la mano del hombre.

La obra se hizo con tanto cuidado, que consumió casi toda la jornada matutina. En cierto momento se vio que al terminar la roca, hacia el oriente, había barro endurecido por el tiempo. Resolvióse ahondar en el centro de la cruz, lo que hicieron los peones con la diligencia y el entusiasmo de siempre.

Ya se aproximaba la hora de abandonar la tarea y marcharse a comer; faltaban veinticinco minutos para las dos de la tarde cuando ocurrió lo presentido.

El peón Abel Rodríguez dio con la punta de su barreta, al estar perforando en el eje de la cruz, con algo que no tenía la resistencia ni la consistencia de la roca.

Desde que comenzó la exploración que se llevaba a cabo, la profesora Guzmán ordenó que, cuando algo extraño ocurriera, se diese una voz de atención, y así se hizo por vez primera.

Volvió el peón a golpear con su barreta, y el silencio absoluto que se había hecho permitió escuchar claramente una extraña repercusión. La expectación fue enorme. A esa hora los bordes del foso estaban coronados de impacientes, y, en la oquedad, la investigadora y sus colaboradores seguían atentamente la maniobra.

Los peones pusieron al descubierto dos lajas de 50 centímetros de largo, aproximadamente, que estaban juntas y como cubriendo algo.

Las manos de aquellos hombres que habían sacado del foso las grandes y pesadas piedras del momoxtil, temblaban ahora.

-¡Levanten esas piedras! – ordenó una voz.

Y uno de los peones respondió: “-¡No puedo; es mi Rey!” Y lloraba... Por fin las dos lajas fueron removidas. Entonces sucedió algo extraño. Un olor acre, penetrante, molesto, invadió el recinto. Las gentes que se inclinaban curiosas para ver lo que ocultaban las piedras, se echaron hacia atrás; muchas se taparon las narices con pañuelos, otras con la mano.

Pronto se disiparon las emanaciones y se reanudó la exploración.

¿Qué había allí?

Bajo una gruesa capa de polvo veíase un objeto muy raro. Anselmo Marino Flores, con un pequeño cepillo, limpió la superficie ennegrecida. Era una placa oval de forma irregular. Al quitarla, brilló bajo una punta de lanza, como si fuera una llama.

Eulalia Guzmán tomó en sus manos la placa y dijo con su voz cálida, en medio del silencio, descifrando los caracteres a la luz de una lámpara de gasolina: “-Es una placa de cobre. Tiene una inscripción bajo una cruz latina: 1525, año del sacrificio; 1529, año del entierro. Y abajo: Rey e S. Coatemo”.

Una voz se sobrepuso a la emoción colectiva de las gentes que a esa hora llenaban la nave del templo: -¡Viva el Rey Cuauhtémoc!... ¡Viva México!”

Un repique había congregado al pueblo. Habíase obedecido la orden de los ancianos de que se echaran al vuelo las campanas cuando apareciera la tumba del Rey.

Los hombres abandonaron sus faenas, las mujeres sus casas, los niños y los maestros la escuela. Todos estaban en el templo, la respiración anhelante, las lágrimas en los ojos.

Como se había excedido la hora de suspender el trabajo, la señorita Guzmán, para no quebrantar la regla, citó a todos para las cuatro.

Y el pueblo, obediente, acudió puntual a la cita. No cabía en el templo; llenó la explanada que sirve de atrio. La profesora Guzmán resolvió salir con la placa oval y la punta de lanza hallada sobre los huesos.

La ansiedad era enorme. Todos querían ver lo que se había encontrado en la tumba. Eulalia Guzmán subió a una silla y mostró a todos, girando hacia los cuatro puntos cardinales, el óvalo de cobre y la punta de lanza, brillante y hermosa.

Los ancianos, poseedores de la tradición y el secreto, estaban en primer término; por sus mejillas rugosas rodaba el llanto.

“-No hubo –dice la historiadora, recordando la escena- clamoreo no gritos.”

Luego de mostrarles los preciosos objetos, les rogó que se dispersaran para seguir trabajando y recoger los huesos, así como lo demás que hubiera en la fosa recién abierta.

La gente obedeció automáticamente. Pronto la explanada quedó solitaria.



La fosa y su contenido

Nuevamente estaba la investigadora frente al misterio de aquella fosa, en compañía de quienes habían venido trabajando con ella hacía seis días.

Era una fosa rarísima; medía 40 centímetros de largo por 32.5 de ancho y 40 de profundidad; más ancha en la superficie que en la base. Mirándola, se caía en la cuenta de que el último emperador de los mexicanos fue sepultado por Fray Toribio de Benavente, Motolinía, dentro de la rígida pobreza de la orden franciscana. Era tan pobre, que Eulalia Guzmán pensó al principio que se trataba de la fosa de ofrenda, o de los guardianes del Señor, idea que desechó al vaciar el depósito.

Los huesos estaban semihundidos o hundidos completamente, en polvo negruzco, que no era sino ceniza de la calcinación a que fueron sometidos, de acuerdo con el rito.

A manera de recipiente, unos fragmentos óseos del cráneo contenía los siguientes objetos: dos cuentas de jade mexicano; dos anillos de metal en forma de cinta; tres medias cuentas de amatista; nueve cuentas pequeñas de metal, color verdoso; veintinueve cuentas grandes de metal, de idéntica tonalidad y, brillando con fulgores hermosísimos, un fragmento de cristal de roca, que originalmente se creyó un diamante sin tallar.

Abajo, en la base de la fosa, una placa de cobre de forma rectangular.

Todo era humilde en la escondida morada, menos el nombre del Héroe.

Aquella noche, al abandonar Eulalia Guzmán el templo de Ixcateopan, vio las calles desiertas y preguntó a uno de sus acompañantes, vecino del pueblo:
-¿Por qué están las calles tan desiertas, tan solas? ¿Dónde se hallan las gentes, que no celebran el gran acontecimiento?



Tumba de Cuauhtémoc

Y recibió esta respuesta:

-Están encerradas en sus casas, llorando...

Así se descubrió la tumba del Rey y Señor de México, el Héroe Cuauhtémoc.

La noticia del hallazgo conmovió a la nación entera.

La figura que hasta antes de Ixcateopan había tenido un contorno difuso, impreciso, casi mítico, cobraba ahora tan definida realidad, que su presencia se sentía en el dilatado ámbito de México. Diríase que Cuauhtémoc volvía después de su martirio y de su muerte, con un señorío solamente reservado a unos cuantos en la historia turbulenta del planeta.

Divulgada la noticia, todas las campanas del Estado de Guerrero repicaron jubilosas. Indígenas de la comarca en que Ixcateopan está enclavada, es decir, hombres y mujeres del antiguo reino de Zompancuhuitl, llegaron hasta el templo para dejar sus lágrimas y sus flores.

Dos mujeres, procedentes de un remoto lugar, dijeron: “-Sabíamos que aquí estaba y que fue muy hermoso, y ahora venimos a verlo...”

Una gran bandera nacional –la bandera del México libre- cubrió las cenizas del Héroe, y otra más pequeña se replegó amorosamente sobre la fosa recién abierta, tal como una madre acoge en su regazo a su hijo pequeño.

Eulalia Guzmán dijo, al ser declarada hija predilecta de Ixcateopan: “-Cuauhtémoc ha nacido por segunda vez, espiritualmente, en su amada tierra que es México”. Y sus palabras traducen exactamente la realidad.

Al día siguiente del descubrimiento llegó el gobernador de Guerrero en compañía de la señora Leyva Mancilla y del general Miguel Fuentes Pérez, representante de la Comandancia militar de la Zona. Los tres fueron recibidos por el pueblo y las autoridades, y otra vez las muchachas lugareñas les pusieron al

cuello hermosos collares de zempazúchil, de los que se despojaron al estar frente a la tumba, para colocarlos sobre ella como simbólica ofrenda.

La profesora Guzmán puso en manos del gobernador una pequeña cuchara de albañil para que con ella levantara la placa cuadrangular que servía de base al enterramiento. Justo homenaje al funcionario y al hombre que auspició moral y económicamente la exploración que tan espléndido resultado había tenido.”

CUAUHTÉMOC. Colección: Conciencia Cívica Nacional. Departamento del Distrito Federal. México, D. F. 1985.



Emperador Cuauhtémoc



BLV. LÓPEZ PORTILLO # 236
FRACC. ARBOLEDAS, GUADALUPE, ZAC.
TEL: 01-492-92-2-26-47 y 92-2-50-11
Página Web: www.ieez.org.mx